

XVII

El licenciado Adolfo A. Méndez, que tiene su despacho en el edificio número 39 de la calle de la Palma en esta ciudad, presentó detalles y aún intervino en la burla al famoso jefe de la policía reservada, cuando fué a aprehenderme a la calle del Padre Lecuona por haber pedido mi exhorto el juez de Distrito de Veracruz, licenciado Bullé Goyre, por mis actividades en relación con el movimiento revolucionario de Acayucan. El licenciado Méndez ha recordado aquel fracaso de Chávez y su relato lo publico seguidamente.

“Dice el licenciado Adolfo A. Méndez:

“Francisco Chávez fué por varios años un admirado policía. En los crímenes más sensacionales se mencionaba su nombre como el único que podía descubrir al criminal; pero también tenía errores, que no eran pocos, que aminoraban su prestigio de hábil policía.

“La oposición al gobierno del general Díaz, comenzó en los últimos años del siglo pasado y en los primeros del presente, y el año de 1906, ya se habían formado en diferentes partes del país comités antiporfiristas (se refiere a los clubes liberales) y se publicaban periódicos que circulaban entre los simpatizadores de la oposición, que había en gran número.

“Entre los periódicos que hacían una labor terrible en contra del gobierno del general Díaz, estaba “La Voz de Lerdo”, que era dirigida por Teodoro Hernández, con quien colaboraban varios veracruzanos, entre ellos Eugenio Méndez, estudiante de derecho, que para sostener sus estudios, además de la suma que mes a mes recibía de su familia que radicaba en el puerto de Veracruz, trabajaba como reportero en los periódicos diarios de esta capital.

“Era yo, igual que Eugenio Méndez, reportero de los periódicos diarios y el compañerismo, tanto en la Escuela de Leyes como en los periódicos nos hizo cultivar una amistad que terminó hasta la muerte de Eugenio. Debido a la amistad que cultivé con Eugenio, hice amistad, que hasta la fecha conservo, con Teodoro Hernández.

“Un domingo de noviembre de 1906, salía yo de la Inspección General de Policía a donde había ido a tomar mis notas para el periódico en que trabajaba, cuando me dió alcance Pancho Chávez, y cariñosamente me preguntó por mi tocayo Eugenio. Como también Eugenio era conocido de Chávez, no me llamó la atención su pregunta, pero después de hablar sobre algún asunto ajeno a la intención que llevaba la pregunta, me lanzó otra que inmediatamente me hizo comprender que no llevaba muy buen fin: “¿Tú conoces a Teodoro Hernández, íntimo de tu tocayo Méndez, verdad? Inmediatamente me di cuenta de que algo había en contra de Teodoro y de Eugenio, y contesté: “¿Sí tú también lo conoces; es ese chaparrito güero con dientes de oro, que ayer estuvo aquí con Eugenio y conmigo, no lo viste?”

“Chávez quedó satisfecho del “golpe” que había dado y cambiamos la conversación, despidiéndonos inmediatamente.

“Eugenio Méndez habitaba en unión de Carlos F. Portillo (actualmente es general del Ejército), otro talentoso estudiante, un cuarto a la entrada de una vecindad de la calle del Padre Lecuona que ahora se llama calle de Honduras, que desemboca en la Plaza del Carmen. Cuarto de estudiantes: medía como cuatro metros de largo, por dos de ancho; tenía un balcón que daba a la calle. En ese cuarto no había más mobiliario que dos camas y unos baúles,

dos o tres sillas, y un librero en donde había papeles y libros en desorden.

“Al día siguiente del interrogatorio que me había hecho Chávez, como a las cuatro de la tarde, iba procedente de mi casa hacia la oficina del periódico en que trabajaba, y al llegar a la esquina de las calles llamadas entonces del Padre Lecuona y Reloj, me encontré con Chávez que estaba platicando con otro amigo nuestro, Jacinto Ceballos. Este al verme se me acercó y dijo: “Tienen prest a tu tocayo Eugenio. . . .” No había terminado de decir esto, cuando Chaávez se acercó y me dijo: “No, no está preso, estoy esperando que llegue Teodoro Hernández, para entregarle este documento”, y me enseñó un sobre dirigido a Teodoro. Me interesaba la suerte que corría Eugenio, y caminé rápidamente hacia su habitación, y con la confianza que teníamos, me introduje en su cuarto. El cuadro que se presentó a mi vista no era nada halagador. Eugenio estaba acostado en su cama, instalada precisamente frente a la puerta, Teodoro en la cama de Carlos Portillo, quien sentado al balcón, al parecer estudiaba, y junto a Portillo dos agentes de la Policía que estaban a las órdenes de Chávez. Eugenio al verme, saltó de la cama, y me dijo rápidamente: “figúrate que está aquí detenido Pancho González” y me señaló a Teodoro. (Yo fui detenido y dije a Chávez llamarme Francisco González. Eugenio ignoraba que él estaba comprendido en la orden de aprehensión por intrigas del jefe político de Veracruz). “Yo —continúa Adolfo Méndez— me acerqué a la cama en donde estaba Teodoro, y en voz alta le pregunté: ¿Pero Gonzalitos, qué estás haciendo aquí? —Pues no sé, contestó. Chávez había llegado al cuarto detrás de mí para hacerme salir, pero yo sin que él dijera algo, me retiré, pensando en lo que se debía hacer para que no fueran a sufrir algún daño los amigos que estaban bajo las garras de Pancho Chávez y de los agentes que permanecían dentro de la habitación. Los agentes de policía, que estaban allí, eran casi recomendables (?), Pedro Reyes y Juan Viveros. El primero había extinguido en la cárcel de Belén, una condena de veinte años por el homicidio de un superior, pues siendo guarda rural, había matado de un balazo en el vientre a un sargento, y el segundo, que al parecer era inofensivo, también tenía sus antecedentes. Su aspecto era de un pobre lisiado, pues era jo-

robado, y Chávez lo utilizaba para hacer determinadas averiguaciones, en donde no despertara sospechas: lo usaba para despistar.

“Llegó la noche, como a las nueve Chávez se convenció de que Teodoro Hernández no llegaba, y previa consulta con la Inspección General de Policía, Carlos Portillo y Teodoro Hernández, o sea Pancho González, fueron puestos en libertad, y Eugenio fué llevado a la Comisaría del Carmen, en donde permaneció incomunicado hasta el día siguiente en que custodiado por dos agentes de policía reservada fué llevado al puerto de Veracruz, y encerrado en el Castillo de San Juan de Ulúa, en donde permaneció varios meses.

“Teodoro se había ido de México. Después de algunos meses vino, y una noche la casualidad nos puso frente a frente. Los dos caminábamos por la calle de los Sepulcros de Santo Domingo (hoy Brasil), cuando nos encontramos. Comentamos la forma como se había salvado; y para poder platicar con más libertad, nos metimos a un café denominado “El Oriental”, que era de la propiedad de don Francisco Bellido, y del cual éramos clientes hacía varios años. Estábamos contentos por habernos encontrado, cuando de repente se asoma por la puerta del café Pedro Reyes, el agente de policía de Chávez que había estado vigilando a Eugenio y a Portillo, cuando esperaban a Teodoro. Al verme, como era mi conocido por la frecuencia con que me veía en la Inspección General de Policía a donde concurría yo diariamente por virtud de mi trabajo de reportero, se acercó a la mesa en que estábamos, para saludarnos; lo hice que tomara asiento, y lo invité a que tomara un “café” que aceptó; pero estaba de prisa, y en breve tiempo tomó el café. Era conveniente perfeccionar la burla, y atrevidamente le pregunté: “¿Pedrito, qué pasó con Teodoro Hernández, lo aprehendieron? —No, señor Méndez —contestó— ese está en el norte, a mi jefe Chávez lo tantearon, yo lo conozco; aquí traigo sus señas....

“Sacó un libro de apuntes y me mostró la filiación que yo le había dado a Pancho Chávez: Teodoro Hernández, bajo de cuerpo, blanco, con dientes de oro...

“Desde la llegada de Pedro Reyes, Teodoro se puso serio, y al retirarse el policía, su seriedad desapareció, pero le quedó su asom-

bro... Optamos por retirarnos no fuera que regresara Reyes y la suerte cambiara.

“Teodoro se había salvado de ir a la cárcel, o quién sabe si de algo más....”

* * *

Como yo seguí escribiendo en la prensa de oposición, se me siguió persiguiendo, y después de una serie de peripecias que alguna vez he de relatar, se me aprehendió al fin.